

Los libros de Helena

JUAN JOSE MORALEJO ALVAREZ



Helena, cuatro añitos, acabaditos de cumplir y, como David Balsa, ya tiene que ir al cole: acaba de estrenar su primer curso de preescolar tras una primera quincena de septiembre atreadísima en probar zapatos, faldas, blusas, jerseys, etc. del uniforme, que no lo regalan. Pero los gastos del uniforme son pelillos a la mar: tengo entendido que en primero de preescolar no llegan ni a hacer la O con un canuto, pero la niña

ha necesitado nada menos que cuatro mil quinientas pesetas de libros y demás material escolar. Repito: cuatro mil quinientas pesetas, cuatro años, primero de preescolar. Pronóstico: para primero de carrera universitaria acudiremos a un crédito. Cuatro mil quinientas pesetas y no llegará ni a hacer la O con un canuto, y sólo faltaría que llegase a hacerla y tuviese que hacerla con un canuto que pusiese la factura en las cinco mil.

Preescolar: me parece que no pasan de cantar y recitar quisicosas y pijadillas, mucho recreo y todas esas prelecturas, preescrituras y manuales de la nueva *pegajodia*, por ejemplo, aprender a conocer y distinguir nociones que ya conocen y distinguen: arriba y abajo, dentro y fuera, negro y blanco, etc. A fin de cuentas, que te los cuiden, que te los entretengan, que se vayan haciendo a la idea de todo lo que les queda por delante y que vayan haciendo amigos.

Cuatro mil quinientas pesetas, ¡toma enseñanza gratuita!: unos curiosos y astutos cuadernos que luego comentaremos y una porrada de cachivaches para los manuales, desde palillos y la inclita pastilina a tijeras y cartulina. Parece que con los cuadernos agota el curso, pero es de temer que en palillos, plastilina y demás gaitas el presupuesto suba. Pero, eso sí, a final de curso la nena sabe manejar plastilina, cosa que los niños de antes nos quedamos sin disfrutar, como tampoco disfrutamos de la teoría de los conjuntos.

Va viento en popa la *industria textil*, quiero decir la de los libros de *texto*, y los águilas que la ordeñan empiezan pronto: a los cuatro años les zurren cuatro mil quinientas pesetas: debe ser en venganza porque en la Universidad no rascan bola desde que se popularizó ese formidable instrumento de ciencia que es la fotocopiadora. Habrá que introducirla cuanto antes en los colegios: cualquier cosa antes que el infame montón de libracos de cuatro hijas te deje limpios los bolsillos.

La *industria textil* y la *pegajodia* moderna han descubierto el truco del almendruco, un truco que el Ministerio de Educación y Ciencia debería tener prohibido expresamente, con pelos y señales, como truco que impone gasto inútil, excesivo y, por tanto, incluso abusivo: el truco en cuestión es el truco del libro que hay que colorear o escribir, el truco del libro para usuario único, el burdo truco del que no quiere que el libro de Pepito sirva para Juanito. Bueno, también hay que reconocer que, sin tener que colorear o escribir el libro, es raro que Pepito lo deje en condiciones de uso para Juanito porque a fin de curso da la impresión de que Pepito no ha leído con los ojos, sino con los dientes, y de que ha pasado las hojas a coces, pero ese es otro disco que ni quita ni pone a que el libro de colorear o escribir sea el genuino y astuto truco del almendruco de la *industria textil* que, examinados los índices de natalidad y de fertilidad matrimonial vigentes, sabe que es raro que

detrás de Pepito no estudie un Juanito, ¡e ainda mais! Y estamos en terrenos en que la renovación científica no amenaza precisamente con que las verdades científicas —plastilina y palotes— que estudió Pepito se queden obsoletas cuando empieza su curso Juanito.

Para lo que Helena tiene que hacer sobran esos pomposos cuadernos trimestrales impresos a varios colores con los modelos que ha de dibujar y el espacio para dibujarlos; bastaría con un cuadernillo de modelos, unos folios y una caja de lápices de colores, e incluso sobraría el cuadernillo, si hay profesora, encerado y tizas de colores. Pero, claro está, entonces no serían cuatro mil quinientas pesetas, sino apenas mil, y hasta pudiera ocurrir que el cuadernillo sirviese para otra niña, cosa que causaría grave quebranto a la *industria textil* del truco del almendruco, una industria cada vez más pujante, con unas cuantas editoriales viento en popa y un montón de intereses desde ellas hasta el padre *pagano*, cuyo único interés es que el Ministerio ponga un poco de orden, vergüenzañ y sensatez, aunque sólo sea por esa piadosa declaración de que enseñanza primaria y secundaria han de ser gratuitas. ¡Que por lo menos sean baratitas!

¡Oh tiempos aquellos del cuadernillo de los palotes, la pizarra y el pizarillo!: si Sor Julita levanta la cabeza y ve que un niño de cuatro años necesita cuatro mil quinientas pesetas para ni siquiera aprender a leer —cosa que si se hacía en sus tiempos—, coge la vara de señalar los límites de España y saca a palos del territorio nacional a los de la *industria textil*. Me parece que no equivoco el recuerdo, si digo que por cuatro mil quinientas pesetas yo hice los tres primeros cursos de bachillerato, libros incluidos, en *colegio de pago*; y no me calculen las diferencias solamente en pesetas de antes y pesetas de ahora, sino que añadan también la contención de antes y el consumismo ambicioso y bobalicon de ahora.

Señores ministros de sueldos y enseñanzas: echen ustedes cuentas de la pasta gansa que les cuesta a miles y miles de familias el poner a los hijos en estudios, por gratuitos que sean. Y, después de bien echadas las cuentas, vayan echando remedios y coto a la *industria textil*, a sus precios y a sus trucos del almendruco. Menos libros de uso único, menos colorines, menos paja, menos hojas, menos precio.

(Publicado en «La Voz de Galicia»)